



## CAPÍTULO XX

Derrotas de los filisteos, moabitas, de los sirios de Soba y de Damasco, de los amalecitas y de los idumeos.—Felicitaciones y presentes de Thou.—Vida privada de David.—Administración del reino.—David recibe á Mifeboseth.—Ultrajes hechos á los embajadores de David por el rey de los ammonitas.—Derrota de los ammonitas y de los sirios sus aliados.—Prisión de su rey.—Sumisión del país.—David adúltero y asesino.—Reprensión del profeta Nathan, y su castigo.—Nacimiento de Salomon.—Reflexiones sobre la caída de David.—Su cántico.—Incesto y muerte de Amnon.—Huida de Absalon.—Vuelve á la gracia David.—Ambición de Absalon.—Su rebelión.—Huida de David.—Injurias de Semei.—Paciencia de David.—Infames consejos y suicidio de Aquitofel

Después de recibir de Dios estas sublimes promesas sobre el imperio universal de su hijo, David representó con anterioridad de tiempo las conquistas espirituales por las que él mismo hizo sobre las naciones vecinas. Los filisteos, aquellos implacables enemigos de su pueblo, fueron deshechos en varias batallas; perdieron á Geth y todas sus dependencias, y David puso allí una guarnición para sujetarlos á la obediencia. Los moabitas fueron igualmente derrotados. De los prisioneros, una buena parte fué condenada á muerte, y los demás con el resto de la nación quedaron tributarios. Se ignora la causa de esta severidad. Marchó después al Eufrates, donde derrotó á Adadezer, rey sirio de Soba; se apoderó de mil carros, siete mil caballos y veinte mil infantes; inutilizó los arreos de los caballos que conducían los carros, reservándose solamente para su servicio ciento. Habiendo llegado en socorro de Adadezer los sirios de Damasco, perecieron de estos en el combate veintidos mil, quedando tributaria toda la Asiria, y David puso también guarnición en Damasco. Los guardias de Adadezer tenían armas de oro, y David se apoderó de ellas y las mandó á Jerusalem.

Al ruido de estas victorias, Thon, rey de Emoth, envió cerca de David á su hijo Joram, para que le saludara y se congratulara con él, por haber vencido á Adadezer su enemigo, y para que le diera las gracias en nombre suyo. Joram llevó una porción de vasos de oro, de

plata y de cobre, que David consagró al Eterno, juntamente con la plata y el oro que había cogido á las naciones que ya tenía sujetas á su obediencia Amalec, y los idumeos eran de este número. A su regreso de la Siria, dió un combate contra estos, y perecieron en número de diez y ocho mil hombres, y puso David guarnición en la Idumea, y toda ella quedó fiel á su obediencia (1).

Entonces se cumplió á la letra lo que Dios había predicho siete siglos antes de Esaú y Jacob: El mayor servirá al menor (2).

Protegiendo así David á su pueblo por fuera, le administraba justicia en el interior. La vida que él llevaba como particular, es un modelo de príncipes.

«Yo cantaré la misericordia y la justicia; á tí ¡oh Jehová! celebraré. Yo me instruiré en la vía perfecta cuando vengas á mí. Andaré en la sencillez de mi corazón en medio de mi casa. No pondré en mis labios palabra alguna de Belial; al que se apartaba de tus caminos, yo le aborrecía; no se unirá nunca á mí. El corazón malvado se apartará de mí bien lejos; no conoceré nunca el mal. Al que en oculto diga mal de su prójimo, yo le exterminaré. Con hombres de ojos altivos y de corazón insaciable, con estos no comeré. Mis ojos siempre se dirigirán hacia los fieles de la tierra para vivir en su com-

(1) 2 Reg., 8, 1-14.  
(2) Génesis, 25, 23.

pañía. El que marcha por caminos perfectos, ese será mi ministro. No habitará en medio de mi casa el que obra con soberbia; el que habla cosas inícuas, no entró derecho en la vista de mis ojos. Desde la mañana pensaré en extirpar á todos los impíos de la tierra, y exterminar de la ciudad de Jehová á todos los que obran iniquidad (1).»

La administración general del reino estaba igualmente muy bien montada: Joab era jefe del ejército; Josafá, hijo de Aquilud, guardia de los archivos; Sadoc, príncipe de la familia de Phinees, y Abiothar ó Abimelec, príncipe de la familia de Ithamar, hijo de Aaron, eran grandes sacerdotes; Saraías, secretario; Banaías, comandante de los ceretianos y feletianos, que formaban la guardia del rey; por último, los hijos de David eran grandes oficiales de la corona (2).

Para colmo de misericordia y de prosperidad, no olvidó David á la familia de su predecesor. «¿No ha quedado alguno de la casa de Saul, preguntó, hácia el que pueda ejercer misericordia por á amor Jonathás?» Supo que un hijo de Jonathás, que estaba impedido de ambos piés, vivía aún. Llamábase Miphiboseth. Al punto lo hizo llegar á su presencia y le dió asiento en su mesa, poniéndole en posesión de todos los bienes de Saul (3). La posteridad de Jonathás se perpetuó de esta suerte con este hermoso rasgo de David, y cinco siglos después se le ve aparecer con todo género de distinciones en el nombramiento que tuvo lugar á la vuelta del cautiverio de Babilohia (4).

No contento David con dar este testimonio de su amistad al hijo de Jonathás, quiso mostrar su reconocimiento al nuevo rey de los ammonitas por los servicios que había recibido de su padre en el tiempo de su destierro. Según ya hemos hecho notar, los ammonitas y moabitas parece que habían tenido algunas veces un mismo soberano; es posible que de quien es en cuestión, fuera el rey de Moab hácia el que

(1) Salmo 100, siguiendo el hebreo y San Jerónimo.  
(2) 2 Reg., 1, 8.  
(3) Ibid., 9, 1-13.  
(4) 1 Paralipomenos, 8, 33-40.

David había mandado por algún tiempo á su padre y á su madre.

Sea de esto lo que quiera, habiendo sabido que el rey de los ammonitas había muerto, y que su hijo reinaba en su lugar, dijo en su corazón: «Yo haré misericordia á Hanon, hijo de Naas, según á mí también me hizo su padre.» Y le envió embajadores para que le consolaran de la muerte de su padre. Pero cuando los servidores de David llegaron al país, los príncipes de los ammonitas dijeron á Hanon, su Señor: «¿Creeis que David ha enviado sus embajadores cerca de vos para honrar á vuestro padre? ¿No vendrán, por ventura, con objeto de hacer reconocimientos en la ciudad, y acaso destruirla? Por causa de esta insinuación, Hanon cogió á los servidores de David, les afeitó la mitad de la barba, les cortó la mitad de sus vestidos desde los piés hasta la cintura, y así los mandó.

Nadie ignora que la persona de los embajadores es sagrada é inviolable. Es como un tratado solemne en que interviene la fe pública de todos los hombres, la cual puede delegarse libremente para tratar de la paz ó de la alianza, ó de los intereses comunes de los Estados; y violar esta ley, consagrada por el derecho de gentes, que ni la misma barbarie la ha podido borrar entre las almas más groseras, sería declararse enemigo público de la paz, de la buena fe y de toda la naturaleza humana. El mismo Dios está interesado en esta injuria, como protector de la sociedad del género humano, y de tal suerte, que la que se infiere á los embajadores, no solamente es una perfidia, sino una especie de sacrilegio (1).

El rey de los ammonitas violaba, pues, la ley más sagrada de la humanidad, y la violaba de la manera más indigna, no solamente despidiendo medio desnudos á los embajadores de David, sino afeitándoles la mitad de la barba. En las ideas del antiguo Oriente, es una afrenta por cima de la cual no se puede imaginar una cosa más injuriosa. Todavía hoy entre los orientales, sobre todo entre los árabes, la barba es una señal de dignidad y de libertad; se corta á los esclavos y á los cautivos; permitir-

(1) 2 Reg., 9, 1-13.



les que se la dejen crecer, equivale á darles libertad. Se ve en Homero, que los que suplican, tocan respetuosamente la barba de aquellos de quienes imploran alguna gracia. El mayor tormento que los espartanos pudieran imaginar contra aquellos que huían por cobardía del enemigo, era obligarles á que se presentaran en público con la mitad de la barba afeitada. Se comprende, pues, que David sintiera tanto la injuria hecha á sus embajadores. Entre tanto que se preparaba para vengarla, les dió orden para que se detuvieran en Jericó hasta que les creciera la barba y pudieran presentarse honrosamente.

Los ammonitas sabían bien que las cosas no iban á quedar en este estado. Compraron, al precio de mil talentos de plata, veinte mil hombres de entre los sirios de Rohaby de Soba, mil al rey de Maecha, y doce mil del país de Job; entre todos treinta y dos mil hombres, que combatían parte á pié, parte á caballo, y otra parte sobre carros de guerra armados.

Los ammonitas se reunieron también de todas sus ciudades, uniéndose á aquella multitud un considerable número.

Habiéndose dado de esto aviso á David, envió contra ellos á Joab con sus mejores tropas. Los ammonitas se habían ordenado en batalla á las puertas de la ciudad de Medaba; los sirios formaban un cuerpo separado en el llano. Joab, pues, viendo preparados á los enemigos para el combate, de frente y de espalda, tomó las mejores de sus tropas, confiando el resto del pueblo á su hermano Abisai, para marchar contra los hijos de Ammon, y le dijo: «Si los sirios me atacaran, te vendrás á mi socorro; pero si los hijos de Ammon prevalecieran contra tí, yo iría por mi parte á salvarte. Ten valor, y seamos varones esforzados por nuestro pueblo y por las ciudades de nuestro Dios, y después que Jehová haga lo que bien le parezca.

Dióse la batalla, y los sirios huyeron delante de Joab. Lo cual, visto por los ammonitas, escaparon igualmente delante de Abisai, y entraron en la ciudad. Joab, por su parte, entró en Jerusalem.

Viéndose así batidos los sirios por los israelitas, se reunieron de todas partes, y Adazezer,

ó Adarecer, que era como un señor feudal, hizo venir los que estaban del otro lado del Eufrates. Sobac, jefe de la milicia, mandaba toda la confederación. Habiéndolo sabido David, juntó á todo Israel, pasó el Jordan, les dió la batalla, les cogió setecientos carros, y les hizo prisioneros ó mató cuarenta mil infantes y otros tantos de á caballo; Sobac fué del número de los muertos. A la vista de tan sangrienta derrota, todos los reyes que estaban al servicio de Adazezer hicieron la paz con Israel, se sometieron á su obediencia, y no volvieron á prestar socorro á los ammonitas (1).

Un año después de este combate, envió David á Joab con sus oficiales y todas las tropas de Israel, quienes asolaron el país de los ammonitas y sitiaron á Rabbath, que era la capital. Cuando estuvo á punto de entregarse, Joab, no ménos diestro cortesano que hábil general, envió mensajeros cerca de David, que había quedado en Jerusalem, diciendo: «He atacado á la ciudad de Rabbath y está á punto de entregarse. Ahora pues, reunid el resto del pueblo y venid á sitiarla para que os apodereis de ella, para evitar que si cae en mi poder, me vea precisado á ponerla mi nombre.» Reunió, pues, David todo el pueblo y marchó contra Rabbath, y después de algunos combates la tomó. Quitó la diadema de la cabeza del rey de los ammonitas, que pesaba un talento de oro y estaba adornada con piedras muy preciosas, y fué colocada sobre la cabeza de David. Sacó también de la ciudad grandes despojos. Respecto á sus habitantes, les dió orden de abandonar la ciudad, y los puso á tirar de los trineos de hierro de que se servían para apalear el trigo, les hizo cortar madera, y los ocupó en hacer ladrillos y en cocerlos al horno (2). De igual manera trató á todas las ciudades de los hijos de Ammon. Así es como puede entenderse el texto original con hábiles intérpretes (3).

Ventura y gloria no faltaban á David delante de los hombres; pero había caído para con Dios en un crimen, que fué para el resto de su

(1) 2 Reg., 10, 1-19.

(2) Ibid., 12, 26-31.

(3) Buller, Bergier, Duclot.



vida una fuente inagotable de penas y de lágrimas. Un día que él se paseaba por el terraplen de su palacio, vió á una jóven que se bañaba, y no resistiendo su primera tentación, y después de informarse y saber que era la mujer de Uria, uno de los treinta valientes, ocupado entonces en el sitio de Rabbath, la mandó á buscar, y cometió con ella un adulterio. Poco después, ella le hizo comunicar que estaba en cinta. La ley de Moisés declaraba reos de muerte á la mujer adúltera y á su cómplice. La perplejidad de David fué extrema. Había dado entrada en su corazón al pecado; este veneno produjo sus funestos resultados. Esperaba encubrir su crimen y engañar por la astucia al esposo de la mujer ofendida, y dió orden á Joab para que le mandara á Uria con una comisión. Uria se presentó delante del rey. Este, habiéndole entretenido algún tiempo, le despidió de una manera amigable: «Ve á tu casa y lávate los piés.» Le mandó también regalos de su mesa; pero Uria no quiso ir á su casa, y se quedó echado á la puerta del palacio. Habiéndole preguntado al día siguiente David por qué no se había ido á su casa, el valiente guerrero contestó: «El arca de Dios é Israel y Judá habitan en tiendas; Joab, mi general y los servidores de mi señor moran sobre la tierra; ¿y he de entrar yo en mi casa para beber, y comer, y dormir con mi mujer? Para salud vuestra y de vuestra alma, nunca haré yo una cosa parecida.» David le dijo que se quedara aquel día, y que al siguiente marcharía. Le hizo comer y beber en su mesa hasta embriagarle. Pero por la tarde se acostó como el día anterior á la puerta del palacio, y no se fué á su casa. Al otro día por la mañana le mandó David con una carta para Joab: «Poned á Uria á la cabeza de un batallón en el lugar en que más ruido fuera el combate, y haced de manera que sea abandonado, y que en él perezca.» Joab ejecutó al pié de la letra el mandato del rey, y le notificó bien pronto la muerte de Uria. La mujer de este último, Bethsabée, que sin duda ignoraba que se hubieran puesto asechanzas á la vida de su esposo, después de haberle llorado por algún tiempo, se la llevó David á su palacio y la tomó por mujer, de la cual tuvo un

hijo. Pero esta acción desagradó mucho á Jehová (1).

Y el Eterno mandó al profeta Natan cerca de David, para que le dijera: «Dos hombres había en una ciudad, rico el uno y pobre el otro. El rico tenía ovejas y bueyes en gran número; pero el pobre no tenía más que una ovejita que él había comprado, alimentado y criado en unión de sus hijos; comiendo su pan, y bebiendo en su copa, y durmiendo en su cama, queriéndola como á una de sus hijas. Llegado que hubo un viajero á la casa del rico, este no quiso tocar á ninguna de sus ovejas para obsequiar al huésped, pero arrancó al pobre la única que tenía, y con ella hizo un banquete para el que había venido á visitarle.» Lleno David de gran cólera contra este hombre, dijo á Natan: «Vive Jehová, hijo de la muerte es el que ha cometido esa acción.» Natan respondió á David: «Vos sois este hombre,» reprendiéndole en nombre del Eterno su doble crimen, el adulterio y el asesinato, y su ingratitud para con Dios, que de tantos bienes le había colmado, le anunció que habían de sobrevenir sobre su casa muchas calamidades, que la espada haría en ella muchos destrozos, y que él tenía que dar satisfacción pública por lo que respetaba á sus mujeres. David dijo entonces á Natan: «He pecado contra Jehová.» Natan le respondió: «También Jehová ha perdonado tu pecado, ya no morirás; pero puesto que has sido causa de que los enemigos del Señor hayan blasfemado, el hijo que te ha nacido morirá en verdad.»

Cayó, pues, el hijo gravemente enfermo. David rogaba al Eterno noche y día por su vida, prosternado en la tierra. En vano le hablaban los ancianos de su casa para que se levantara. El hijo murió al séptimo día. Nadie quiso llevarle la nueva á su padre; pero se apercibió de que sus servidores hablaban muy bajo, y les preguntó: «Se ha muerto el niño.» «Ya ha muerto,» le contestaron. Entonces David se levantó de la tierra, tomó un baño, se perfumó de aceite, cambió sus vestiduras, entró en la casa del Eterno, y le adoró. Vuelto á su casa, se hizo servir pan y comió. Sus servidores, admirados,

(1) 2 Reg., 11, 1-27.



le dijeron: «¿Cómo se explica la conducta que habeis observado? Ayunábais y llorábais por el hijo cuando aún estaba en vida, y ahora que ha muerto os lavais y comeis.» A lo cual él respondió: «He ayunado y también llorado por el hijo cuando aún estaba en vida, porque me decía á mí mismo: ¿Quién sabe? quizás Jehová tenga compasión de mí, y el niño vivirá; pero ahora que ya es muerto, ¿por qué he de ayunar? ¿Por ventura le podría yo volver á la vida? Yo sí que iré á él; pero él no volverá á mí.»

David consoló á Bethsabée por la pérdida del niño, cuyo nacimiento y muerte tenía ella también que llorar. Concibió nuevamente, y dió á luz un niño que llamó Salomón, ó el Pacífico, por una profética alusión á la futura tranquilidad de su reinado; y en un sentido más elevado, al Príncipe de la paz, al Mesías, de quien Salomón había de ser su figura. El Eterno amaba á aquel niño, y le dió por medio del profeta Nathan el nombre de Yedidiah, es decir, bien amado del Señor (1). De esta suerte cayó David, desde la cima de la virtud, en la profundidad del crimen. Después de semejante ejemplo, ¿quién se atreverá á decir, yo no caeré nunca? Ya había nacido el fruto del adulterio, y el culpable no entraba todavía en sí mismo, ni confesaba todavía su pecado. ¡Yo he pecado contra el Eterno! No, no es dado apreciar la caída de semejante hombre. Todo lo que nosotros podemos, es prosternarnos con él en tierra, y con él bendecir la misericordia de Dios, que le sacó de aquel abismo y elevó tan alto entre los santos.

«Habeis hecho blasfemar á los enemigos del Eterno,» decía el profeta. La caída de David les hace blasfemar todavía. No conocían con qué ardor había amado aquel hombre á su Dios, que tanto le había perdonado. Si su conducta se trueca para algunos en escándalo, su enmienda anima á muchos que como él cayeron. Después de esta profunda caída, después que el profeta le dijo que el Eterno le había perdonado su pecado, exclamó del fondo de su corazón hácia el que le había convertido á su misericordia; su dolor, su fe, su esperanza, su amor,

(1) 2 Reg., 12, 1-25.

se manifestaron ostensiblemente en aquel cántico de penitencia que millones de voces han repetido después de él, que millones de voces repetirán todavía hasta el día en que Dios enjugué las lágrimas de los suyos.

«Ten piedad de mí ¡oh Dios! según tu misericordia; y según la multitud de tus piedades, borra mi iniquidad. Lávame más y más de mi iniquidad, y límpiame de mi pecado; porque yo conozco mis prevaricaciones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra tí solo he pecado, y he hecho el mal delante de tí; tú serás justo en tus palabras y vencerás en el día del juicio. Hé aquí que yo fui concebido en la iniquidad, y en pecado me concibió mi madre. Hé aquí que tú has amado la verdad; me has manifestado lo arcano y lo oculto de tu saber. Me rociarás con hisopo, y seré purificado; me lavarás, y quedaré más blanco que la nieve. A mi oído darás gozo y alegría, y se regocijarán mis huesos abatidos.

«Cria en mí ¡oh Dios! un corazón puro, y renueva en mis entrañas un espíritu recto. No me deseches de tu rostro, y no quites de mí tu espíritu santo. Vuélveme la alegría de tu salud, y confórtame con un espíritu principal. Enseñaré á los iníquos tus caminos, y los impíos se convertirán á tí. Librame de la sangre, Dios, Dios de mi salud, y ensalzará mi lengua tu justicia. Señor, abrirás mis labios, y mi boca anunciará tu alabanza. Porque si hubieras querido sacrificio, lo hubiera sido ofrecido; tú no te deleitarás con holocaustos. Sacrificio para Dios, es el espíritu atribulado; al corazón contrito y humillado, no lo despreciarás, ¡oh Dios! Haz bien, Señor, á Sion con tu buena voluntad, para que se edifiquen los muros de Jerusalén. Entonces aceptarás sacrificios de justicia, ofrendas y holocaustos; entonces inmolarán sobre tu altar la carne de los becerros (1).»

Las desgracias domésticas que el profeta Nathan había anunciado á David, comenzaron por una pasión incestuosa de su hijo Amnon con Thamar, su hermana; pero nacida, así como Absalom, de otra madre, á saber, Maacha, hija del rey de Gessur. Según el consejo de su ami-

(1) Salmo, 50.



go Jonadab, sobrino de David, Amnon se fingió enfermo y logró que Thamar fuera á curarle. Faltóla en aquel momento. Al instante su impuro amor se trocó en aversión y odio. «Levántate y véte de aquí,» la dijo. Y como en su turbación le dijera algunas palabras sobre aquella nueva afrenta, la mandó poner á la puerta por uno de sus criados, del modo más vergonzoso. Absalom supo por su hermana el doble ultraje que Amnon le había inferido. Disimuló su resentimiento por espacio de dos años, hasta que en un trasquillo de ovejas que tuvo lugar en su casa de campo, donde según antiguos usos se celebraba con un banquete, se le presentó ocasión de vengarse. A él invitó á todos sus hermanos, y en él hizo dar muerte á Amnon cuando el vino comenzaba á turbarle la cabeza. La noticia de este desagradable suceso alcanzó mayores proporciones en su trasmisión á David, pues le anunciaron que Absalom había dado muerte á todos los hijos del rey. El padre, inconsolable, desgarró sus vestiduras y se arrojó en el polvo; pero presto supo que solo Amnon había sido muerto. Absalom huyó á la casa de su abuelo materno, Tholmai, rey de Gessur, y allí moró tres años (1).

Por razones que David tuviera para mostrarse resentido contra Absalom, siempre era su padre, y tanto más, que según la historia nos dice en lo sucesivo, tenía hácia él, como había tenido para con su hermano Amnon, un cariño especial. Esto tuvo muy en cuenta Joab, diestro cortesano y hábil capitán. Deseaba reconciliar al hijo con el padre, y escogió el medio siguiente: hizo venir de Thecud, cerca de Jerusalén, una mujer muy prudente y despejada, y la instruyó en lo que había de decir al rey. Vestida en traje de luto y sin perfumes, se presentó á David lamentándose, como viuda desconsolada, de que teniendo dos hijos, había dado muerte el uno al otro en una disputa, y que el segundo estaba amenazado á perecer sufriendo igual pena, arrancándola con esto el único consuelo que la quedaba, y el único medio de no extinguir el nombre de su esposo. David, conmovido de dolor por la madre, la

(1) 2 Reg., 13, 1-39.

presta protección. Entonces con gran destreza y maestría hizo aplicación de este caso al mismo rey, y le suplicó que mandara á llamar á Absalom. «Nosotros morimos, díjole ella, y nos deslizamos por la tierra cual corrientes de agua para no volver jamás; pero Dios no quiere que perezca un alma; difiere su venganza á fin de que el que ha sido por él despreciado, no se pierda enteramente. David se imaginó desde luego que esto obedecía á las instigaciones de Joab, y al fin ella así se lo confesó. El rey dijo entonces á Joab que podía ir á buscar á Absalom; pero este debía marchar á su primitiva morada, y nunca presentarse á la presencia del rey.

Dos años transcurrieron antes que fuera permitido á Absalom presentarse á su padre. Entonces envió cerca de Joab algún mensajero con objeto de implorar su protección y gracia. Dos veces repitió es'a comisión, pero inútilmente; el anciano guerrero no pareció por allí. Absalom envió dos hombres al campo de Joab, que estaba colindante al suyo, é hizo que le quemaran la cosecha. Los criados de Joab le anunciaron esta violencia de Absalom con los vestidos rasgados. Corrió encolerizado en busca de Absalom, quien le confesó que había empleado aquella medida para obligarle á que fuera á visitarle. El joven príncipe le encargó que hiciera en su obsequio cuanto le fuera dable por que alcanzara gracia con su padre. «¿Para qué he venido yo de Gessur? Mejor me hubiera sido haberme quedado allí. Ahora que me presente á la vista del rey, ó bien si se acuerda de mi iniquidad, que me dé la muerte.» Habiendo sabido David todo esto por Joab, hizo venir á Absalom, le recibió en gracia y le besó.

Absalom era el hombre más hermoso de todo Israel: desde las plantas de los pies hasta la cabeza no había en él defecto alguno; lo que más le agraciaba era la preciosa cabellera. Bajo tan bello exterior ocultaba una páfida ambición, y deseaba el trono de su padre. Tomó carros y caballos, cuya posesión, á lo que parece, era una prerrogativa real, y ocupaba á cincuenta guardias. El corazón paternal de David le hizo creer que esta pompa y ostentación no sería más que una vanidad propia de la juven-